

I JORNADAS INTERNACIONALES DE ENFERMERÍA ENFERMERINNOVA

FLORENCE NIGHTINGALE DEL SIGLO XXI

ALBA PLANELLA

—¿Cómo crees que habría actuado Florence Nightingale en plena pandemia del COVID-19 si ahora estuviera aquí, con nosotras, en el siglo XXI? —preguntó Marta mientras se lavaba acuradamente las manos y disfrutaba de ese olor jabonoso y familiar que tenía el perfume de “final de mi turno”.

La pregunta sorprendió a su compañera, que abrió los ojos de par en par y giró ligeramente la cabeza hacia la izquierda para encontrar el rostro de Marta en el espejo.

—Cada día me pareces más original, Marta —respondió Carol mientras hacía un movimiento de aprobación con la cabeza—.

Estoy segura de que Florence sería muy activa en las redes sociales. Yo la seguiría seguro. En *twitter*, *facebook*, *instagram*, *youtube*, *linkedin*... ¡y dónde hiciese falta!

—Tienes razón. La enfermería está ejerciendo una gran influencia en las redes sociales. ¿No crees? —preguntó Marta mientras cogía la cantidad de papel justa para secarse las manos.

—Totalmente. —Carol alcanzó el papel con torpeza, debido a que Marta estaba por el medio—. Y con la pandemia actual, todavía somos más influyentes —continuó—. Sin ir más lejos, mi madre ha empezado a seguir a alguna que otra enfermera en *twitter*. Dice que somos muy buenas comunicadoras, optimistas y francas. —Encanastó el papel en la basura.

—¡Es cierto! —se entusiasmó Marta—. Mi vecina también me dijo que está siguiendo a algunas enfermeras para enterarse de primera mano de las realidades del COVID. Es un poco escéptica con lo que dicen por la *tele*...

—De las “realidades” del COVID, ¿eh? —repitió Carol, haciendo hincapié en la palabra *realidades*—. ¿Eso quiere decir que la gente confía más en nosotras, en las enfermeras —se llevó la mano derecha al pecho—, que en los políticos?

—Pues es una buena pregunta, Carol. Podríamos hacer una encuesta: “qué información le evoca más confianza, la que le transmite una enfermera a través de *twitter* o la que le comunican los políticos por televisión?”

—¡Qué buena idea! Yo creo que los resultados sorprenderían a más de uno... —Se desabrochó el botón de arriba de la blusa del uniforme blanco y continuó en orden descendente.

—Por supuesto. —Se sacó unas llaves del bolsillo, al mismo tiempo que se pisaba el zueco izquierdo para liberar un pie. Cuando Carol abrió la puerta de su taquilla, Marta, instintivamente, desvió la mirada hacia aquel lugar tan misterioso y perfectamente ordenado. Se sintió afortunada de poder ser testigo de ese interior, para muchos insignificante, que formaba parte de la intimidad de su compañera de trabajo.

—Florence estaría orgullosa de nosotras —aseguró Marta, ya en ropa interior.

—Estoy de acuerdo. —Contempló de reojo el cuerpo de su compañera, mientras cogía el vestido azul que había guardado con delicadeza hacía 8 horas.

—Hoy en día la enfermería es una profesión de prestigio y está valorada socialmente. ¿No? —Ahora era Marta quien revelaba los secretos que escondía su taquilla.

—Bueno... —Levantó ambos hombros y los mantuvo en alto durante dos segundos, después se dispuso a desabrocharse los botones de la bata.

—Está claro que todavía nos falta un poquito para conseguir todo el respeto que nos merecemos, Carol —contestó Marta con optimismo ante tal respuesta de indiferencia—. Pero, en la época de Florence, las enfermeras estaban al mismo nivel que las prostitutas... Partiendo de esta premisa, yo creo que estamos

haciendo algo bien. Quiero decir, que vamos en buena dirección. ¡Pero si hace un momento me preguntabas que si la gente confiaba más en las enfermeras que en los políticos!

—¡Para el carro! —replicó Carol algo molesta—. ¿Cómo podían estar las enfermeras al mismo nivel que las prostitutas, Marta?

—Chica, te lo digo de verdad —se ofendió—. No te vendría mal leer a Dickens... Te mandaré un artículo donde se describe a la enfermera inglesa del siglo XIX como “borracha, promiscua, negligente, sucia e inmoral”. Con estas mismas palabras, Carol. —Hizo una breve pausa y después retomó la explicación—. Florence provenía de una familia de la alta sociedad inglesa. Su decisión de dedicar su vida al cuidado de los enfermos nunca fue un acto reverenciado por sus padres. La enfermería no gozaba de prestigio, precisamente...

—¡Me estás poniendo los pelos de punta! —se horrorizó Carol—. No tenía ni idea. Tendré que ver ese artículo... Y vale, leeré a Dickens —se autoconvenció fácilmente.

Marta se alegró de escuchar esas palabras, aunque era demasiado modesta para considerarse una influenciadora nata.

—En concreto, te recomiendo *Martin Chuzzlewit* —dijo Marta con entusiasmo—, que en su día no tuvo buena acogida y supuso el fracaso más importante de su carrera... Pero, en esta novela, Dickens describe con bastante realismo, aunque también en tono picaresco, a una enfermera victoriana de la época.

—Tomo nota —respondió Carol, mientras dedicaba una dulce sonrisa a su teléfono y se sentaba en la banqueta para poder prestarle toda la atención que se merecía.

Marta aprovechó la distracción de su *amiga* para ir al baño. Sí, Carol era una compañera de trabajo, pero también era su amiga. Habían compartido tantas horas juntas, que, muchas veces, les bastaba con una mirada para saber lo que la otra estaba pensando. Su complicidad era envidiosa, pero estaba unida por unos contratos que no tenían ninguna solidez. El día menos pensado, *alguien* decidiría poner punto final a esta relación. ¡Qué insensatez!

—No quiero ni imaginarme cómo sería la enfermería de hoy sin la huella de Florence —retomó Marta saliendo del baño, con el ruido de fondo del agua cayendo por las tuberías—. Bueno, la enfermería y el mundo en general... que el diagrama de la rosa de Nightingale salvó millones de vidas. Y eso es solo un poquito de lo mucho que hizo.

—Ya te sigo —confirmó Carol, ya vestida, irreconocible, con su vestido azul y su pelo liberado.

—Yo no sé cómo lo hizo, pero la escuela Nightingale revolucionó a todo el mundo. Estaba tan bien valorada, que venían alumnas desde América para formarse en el Reino Unido. Y luego encontraban trabajo en los hospitales más reputados... A mí también me gustaría que algún día los libros de enfermería hablasen de mí tan bien como lo hacen sobre Florence Nightingale... —añadió con tono triste.

—Marta, no seas egoísta —replicó Carol dedicándole una mueca.

También se colgó el bolso en el hombro y adoptó la posición “esperando a Marta”, apoyando el hombro contrario en la pared y entrecruzando las piernas, mientras observaba con interés cada uno de los movimientos de su compañera de trabajo.

—Quiero decir, que me gustaría poder contribuir a la enfermería y que se me reconociese de algún modo... —clarificó mientras se apresuraba para guardar de cualquier manera varios objetos dentro de la mochila, bajo la mirada intimidante de su amiga.

—Yo no sé qué enfermeras del siglo XXI aparecerán en los libros del siglo XXII, Marta. Pero la historia de la enfermería la estamos escribiendo todos los días entre todas y cada una de los 28 millones de enfermeras que hay en el mundo. Dime, ¿no es eso suficiente satisfacción?

—Carol, te doy la razón. Todas juntas somos Florence Nightingale del siglo XXI. No hemos atendido a los soldados británicos heridos en la Guerra de Crimea, pero nos hemos reinventado para poder atender a todos los afectados por el COVID-19. Y tampoco hemos abierto ninguna escuela o universidad de enfermería, pero somos capaces de educar y de generar confianza a millones de personas con un único *click*.

—Es verdad —confirmó Carol, asintiendo con la cabeza.

—Además, ¡la gente nos aprecia, Carol! Valoran nuestro trabajo, nos aplauden todos los días. Saben que estamos poniendo en riesgo nuestra salud para salvar muchas vidas.

—Marta, me voy a emocionar...

—¡Hazlo! Tenemos derecho a estar orgullosas de nosotras y a emocionarnos por nuestro trabajo. Carol... —El nombre de su compañera quedó suspendido en el aire.

Antes de terminar la frase, Marta levantó la cabeza y buscó la mirada de su amiga. Al encontrarla, se le humedecieron los ojos.

—Dime —exigió Carol, conmovida.

—Acabo de darme cuenta de que la enfermería ha sacado lo mejor de mí.